

Introducción

Fabio Kolar, Ulrich Mücke¹

Universität Hamburg

En las últimas décadas la “nueva historia política”² ha cambiado nuestra idea del pensamiento político en América Latina y la Península Ibérica. Hasta la década de 1970, en un contexto intelectual dominado por la teoría de la modernización, para muchos historiadores América Latina y la Península Ibérica seguían estancadas en el pasado. En contraste con aquellos que resaltaban los importantes cambios vividos en los siglos XIX y XX, se hablaba de “sociedades no-revolucionarias”³ que supuestamente no habían vivido una revolución industrial y, como consecuencia, tampoco una revolución social ni política. Según esta visión, antiguas tradiciones y costumbres seguían dominando tanto a los sistemas políticos y sociales como a los individuos. El fin de las dictaduras y la transición a la democracia en la Península Ibérica, así como en América Latina en el último tercio del siglo XX, pusieron en duda estas interpretaciones. Al buscar una tradición política para las sociedades post-dictatoriales, la nueva historiografía se ha concentrado en escribir la historia de los movimientos, los partidos y el pensamiento liberales y democráticos. El punto de partida fue la reinterpretación de los cambios a comienzos del siglo XIX. Mientras que antes la historiografía había puesto énfasis en las continuidades sociales y económicas con el antiguo régimen, ahora se subrayaban los cambios políticos, sobre todo la implementación del orden constitucional, la igualdad ciudadana y un sistema político basado en procesos electorales. Mientras que algunos piensan la “modernidad” política como un proyecto elitista que se enfrentaba a las sociedades tradicionales⁴, otros ven en los campesinos y subalternos

1 Agradecemos a Magdalena Chocano la revisión del castellano. Los textos de este libro son resultado de las ponencias presentadas en un simposio que se celebró en la Universidad de Hamburgo en 2016. Agradecemos a la Universidad de Hamburgo y a la Deutsche Forschungsgemeinschaft el apoyo que hizo posible el simposio.

2 Palacios, 2007.

3 Mander, 1969. Véase también Véliz, 1980.

4 Véase, por ejemplo, Guerra, 1992.

los verdaderos defensores de los principios revolucionarios⁵. No obstante, existe un acuerdo en que las independencias introdujeron cambios políticos radicales o revolucionarios. La nueva interpretación del pasado está vinculada con una nueva idea de lo político. Mientras que antes se pensaba lo político como dependiente de lo económico y lo social, ahora se lo concibe como una esfera con su propia lógica, lo que ha permitido combinar un pasado político revolucionario, liberal y progresista con un pasado social que se ha resistido a los cambios.

Como la nueva historia política se ha concentrado en estudiar el surgimiento de los nuevos Estados nacionales, no ha prestado la misma atención a las corrientes políticas que, aunque modernas también en su origen, se opusieron a los cambios introducidos por las revoluciones de la Independencia y sus respectivas consecuencias. En suma, existen muchos más estudios historiográficos sobre el liberalismo que sobre el conservadurismo y las derechas en América Latina. Sin embargo, se sobreentiende que estas corrientes han tenido un impacto importante en la historia de América Latina, España y Portugal. De hecho, en muchos países, el conservadurismo y las derechas han sido las fuerzas políticas dominantes durante gran parte de los siglos XIX y XX⁶.

Mientras que en 1999 Will Fowler aún podía decir que era un tabú estudiar el conservadurismo⁷, en los últimos veinte años se ha publicado un creciente número de estudios sobre la historia de las derechas y los conservadores en el mundo iberoamericano a ambos lados del Atlántico⁸. Muchos de estos estudios se concentran en un movimiento, en un partido o en un país, pero existen pocos trabajos que abarquen un espacio que trascienda las fronteras nacionales. Esta obra colectiva tiene como propósito examinar desde diferentes perspectivas las diversas expresiones y manifestaciones conservadoras y derechistas en América Latina y la Península Ibérica. Tanto esta introducción como los estudios que siguen enfocan el pensamiento político. Esto, por supuesto, no significa que, más allá del pensamiento político,

5 Véase, por ejemplo, Mallon, 1983. Sanders, 2014.

6 McGee Deutsch, 1999: 1, anota, por ejemplo, que “the right has ruled Latin America more frequently than the left, and even when out of power, profoundly conservative and antirevolutionary groups have greatly influenced the area”. Zapata, 2016: 195, escribe sobre el Perú: “el país actual, para bien o para mal, es una criatura forjada por las derechas”.

7 Fowler, 1999: 9.

8 Véase, por ejemplo, Power, 2002. Needell, 2006. Mücke, 2008. Pani, 2009. Álvarez y Sánchez Gómez, 2014.

no haya aspectos organizativos, sociales o de otra índole compartidos por los partidos o movimientos conservadores o derechistas. Los discursos e ideas políticos no flotan en el aire, sino que están conectados con intereses y estructuras materiales y de poder. No obstante, pensamos que, en el mundo político, los términos “conservadurismo” o “derecha” adquieren un sentido propio cuando se refieren a los discursos, las ideas y el pensamiento.

¿Cómo estudiar la historia del pensamiento político?

La nueva historiografía sobre el pensamiento político en América Latina y la Península Ibérica forma parte de lo que se ha dado en llamar la nueva historia intelectual⁹. A pesar de que tiene raíces muy diferentes —la Cambridge School of Intellectual History identificada con los trabajos de Quentin Skinner y John Pocock, la Historia Conceptual influida por Reinhart Koselleck y la Historia de las Mentalidades y de los Discursos de procedencia francesa— los diferentes enfoques de la nueva historia intelectual tienen en común su insistencia en la contextualización e historización del pensamiento político. Los textos políticos ya no suelen entenderse como manifestaciones de ideas eternas. El pensamiento político se desarrolla en conflictos específicos y depende de las condiciones políticas, sociales, culturales y discursivas específicas y concretas de cada contexto. Esto lleva a concluir que ya no se debe investigar exclusivamente los textos clásicos y los grandes pensadores. Hay que analizar asimismo las fuentes supuestamente menos importantes como, por ejemplo, artículos periodísticos, volantes, sermones, etc., es decir, todos los textos que contienen enunciados políticos¹⁰. Al contextualizar estos enunciados con la ayuda de la historia social y política, la nueva historia intelectual ha fomentado “un estudio más integrado del pensamiento y de la política práctica, rompiendo con los viejos planteamientos dicotómicos de la historia social y

9 Algunos textos paradigmáticos de la nueva historia intelectual han sido recopilados por Stollberg-Rilinger, 2010a.

10 Véase Hellmuth y Von Ehrenstein, 2001. Gallus, 2009: 140-141. Lottes, 2010. Stollberg-Rilinger, 2010b, particularmente pp. 7-11 y 40-42. No obstante las elaboradas discusiones teóricas influidas por el impacto del giro lingüístico, las interpretaciones hermenéuticas todavía no se han vuelto obsoletas y siguen desempeñando, a niveles diferentes, un papel importante en el estudio de las ideas. Stollberg-Rilinger, 2010b: 41-42.

de la historia tradicional de las ideas¹¹. En este sentido, los estudios recientes se esfuerzan por combinar las herramientas de las diferentes subdisciplinas historiográficas para analizar y mostrar la interdependencia de los discursos y la práctica política¹².

En las últimas décadas varios grupos importantes en América Latina, España y Portugal han fomentado los estudios de la nueva historia intelectual como, por ejemplo, el grupo de Quilmes alrededor de José Elías Palti o el equipo de Iberconceptos dirigido por Javier Fernández Sebastián¹³. Muchos estudios han enfocado la historia intelectual del republicanismo y el liberalismo. El pensamiento conservador y derechista, no obstante, no ha sido estudiado con la misma atención¹⁴. Los estudios historiográficos del conservadurismo y las derechas en América Latina, España y Portugal siempre han estado mucho más vinculados con la historia política y social y menos con la historia intelectual. El pensamiento conservador y derechista se ha entendido generalmente como la expresión de una fuerza política con intereses determinados y, por eso, no se ha prestado mucha atención al pensamiento mismo suponiendo que al explicar los intereses materiales ya se ha agotado el tema.

Además, muchos/as investigadores/as, independientemente de que trabajen sobre la historia latinoamericana, europea o de otros países, suponen que los conservadores y derechistas han sido oportunistas que, en defensa de sus intereses específicos, se adherían a diferentes programas y plataformas políticas de manera pragmática, despreciando generalmente el terreno de las ideas y las teorías políticas. La gran heterogeneidad del pensamiento conservador y derechista y sus contradicciones inherentes parecen confirmar esta concepción, muchas veces expresada, de hecho, por los mismos conservadores¹⁵. No obstante, como ha explicado Panajotis Kondylis, la diversidad no es “un específico de la teoría conservadora, sino un efecto secundario de la vida histórica de todas las grandes ideologías políticas¹⁶”. No deben subestimarse los esfuerzos teóricos de los conservadores y derechistas,

11 Fernández Sebastián, 2009: 27.

12 Fernández Sebastián, 2009: 27.

13 Al respecto del desarrollo de la historia intelectual en Latinoamérica, véase Granados García y Carlos Marichal, 2004: 17-25.

14 No existe, por ejemplo, una entrada en el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* (Fernández Sebastián, 2009-2014) para el pensamiento conservador.

15 Véase al respecto las explicaciones críticas de Schildt, 1998: 16-17.

16 Kondylis, 1986: 18.

explica Axel Schildt. Por eso, pensamos que es importante estudiar el pensamiento conservador y derechista, lo que no quiere decir que exista un conservadurismo antropológico ni homogéneo. Por el contrario, dicho pensamiento se caracteriza por la heterogeneidad y la capacidad de cambio y adaptación. Algunos de sus elementos han sido más transitorios, como por ejemplo, la defensa de la monarquía, y otros más perdurables, como el organicismo social y la preferencia por los estados autoritarios y jerárquicos¹⁷.

1. Enfoques

Los términos “conservador” y “derecha”

Lo que ha dificultado el estudio del pensamiento conservador es el empleo muchas veces confuso y arbitrario de los términos “conservador” y “derecha”. Existe una gran heterogeneidad terminológica, que se refiere tanto al vocabulario histórico como a los términos analíticos empleados por la historiografía. Para poder estudiar el pensamiento conservador y derechista se necesitan conceptos analíticos viables. Es decir, no basta, por ejemplo, una definición del conservadurismo basada exclusivamente en la etimología y vinculada con las palabras “salvar”, “guardar” y “mantener”, porque de esa manera pierde todo significado específico y puede designar, incluso, fenómenos o proyectos históricos incompatibles¹⁸. Asimismo, no es suficiente identificar a los conservadores y la derecha exclusivamente con una clase social determinada, pues esto significaría una simplificación histórica y analítica. Para el análisis del pensamiento conservador y derechista, pensamos, es indispensable volver a su origen y situarlo en su propio contexto histórico.

Los términos “conservador” y “derecha” adquirieron su sentido político en el contexto de la Revolución Francesa. En Francia se utilizaba “conservateur” desde la década de 1790 para describir una posición que intentaba mantener los resultados de la revolución sin seguir realizando revoluciones. En su discurso del 10 de noviembre 1799 Napoleón hablaba de las “ideas conservadoras” para justificar el haber perpetrado un golpe de Estado. El término demoró en difundirse hasta que François-René de Chateaubriand publicó el periódico *Le Conservateur*. El término, de nuevo,

17 Véase Schildt, 1998: 16-17.

18 Véase Schildt, 1998: 9-11.

indicaba una posición política contraria tanto al antiguo régimen como a futuras revoluciones. Con este significado empezó a introducirse, a partir de la década de 1830 en los discursos políticos en Alemania, Gran Bretaña y, también, en el mundo iberoamericano¹⁹. Por ejemplo, en el periódico brasileño *O Sete d'Abril* se hablaba en 1838 de una “clase conservadora” que tenía interés en “la estabilidad y el orden con progreso”²⁰. En las décadas de 1840 y 1850 se fundaron los primeros partidos políticos en México, Brasil y Colombia que se autodenominaron explícitamente “conservadores”. En el transcurso de los siglos XIX y XX hubo un gran número de partidos y agrupaciones políticas en el mundo iberoamericano que utilizaban el término “conservador” para referirse a sí mismos²¹. Fuera de ellos, había otros muchos que defendían ideas conservadoras bajo nombres diversos. Se definían, por ejemplo, como defensores del rey, del orden, de la religión, de la patria o de la nación o como serviles, leales, patriotas, católicos o moderados, dependiendo del tiempo y del contexto. El término “conservador” alcanzó su auge a mediados del siglo XIX para perder importancia como autodenominación al final de la centuria. El término “conservador” devino un término peyorativo, entre otras razones, por los compromisos monárquicos y clericales de los conservadores decimonónicos.

El término “derecha” tiene una historia paralela pero diferente del término “conservador”. También adquirió su sentido político durante la Revolución Francesa. Designaba la ubicación de los escaños de los defensores del rey y del antiguo régimen en la sala de la Asamblea General. Sin embargo, el término “derecha” no se difundió de la misma manera en los discursos políticos decimonónicos; se solía preferir el concepto “conservador”. Esto cambió en el siglo XX, “la era de los extremos”²², cuando los conceptos “derecha” e “izquierda” empezaron a ordenar los espacios políticos en Iberoamérica y buena parte del mundo²³. De hecho, la historiografía usa los

19 Véase Vierhaus, 1982: 537-541. En relación con el desarrollo del conservadurismo, véase también Suvanto, 1997: 20-60. Acerca del surgimiento del pensamiento conservador en América Latina, España y Portugal véase Mücke, 2008.

20 *O Sete d'Abril*, 19.11.1838, p. 2.

21 Véase, por ejemplo, Romero, 1986 (1978).

22 Hobsbawm, 1994.

23 Según Reyna, 2006, la geometría política latinoamericana ha empezado a transformarse en el contexto de las transiciones democráticas. La antigua distinción entre izquierda y derecha, que marcaba el siglo XX, se ha complicado en las últimas décadas, y, a la vez, otros referentes han ganado importancia, particularmente la democracia y el

términos “conservador” y “derecha” de manera similar. Mientras que para el siglo XIX destacan los estudios que hablan del conservadurismo, los trabajos dedicados al siglo XX suelen preferir el concepto “derecha”. Esta preferencia tiene que ver también con la necesidad de marcar la evolución y las diferencias del pensamiento conservador y derechista a principios del siglo XX cuando ciertos elementos del conservadurismo fueron combinados con ideas pertenecientes a nuevas corrientes filosóficas como el positivismo o el darwinismo social, lo que llevó a la secularización y radicalización de una parte de las derechas²⁴.

Los términos “derecha” e “izquierda” son conceptos relativos, pues solamente pueden existir juntos. Se refieren a la ordenación política espacial, que puede aplicarse, por ejemplo, tanto a un país como a un partido. No tienen por sí mismos un sentido ontológico, por eso, no poseen un contenido político determinado o inmutable. Pero tampoco son contenedores vacíos. Para poder diferenciar entre “derecha” e “izquierda”, Norberto Bobbio ha propuesto un esquema útil de tipo ideal. Según él, el criterio principal para la diferenciación entre “derecha” e “izquierda” es la igualdad, o, más precisamente, “la percepción y evaluación diferente de lo que [...] hace los seres humanos iguales o desiguales²⁵”. Mientras la izquierda o los igualitarios aspiran a reducir las diferencias, la derecha o los no igualitarios aspiran a acentuarlas. Además, la izquierda ve las diferencias entre los seres humanos principalmente como resultado de la historia y de la sociedad y, de resultas, las ve como mutables. La derecha, por el contrario, las ve como naturales, por tanto, inmutables, o, donde concede la influencia de las costumbres y las tradiciones en generarlas, las ve como buenas y favorables y está dispuesta a aceptarlas. Este punto es importante, porque conecta el concepto de la “derecha” con el del “conservadurismo”. Finalmente, Bobbio introduce

autoritarismo. Al escribir su ensayo, Reyna, 2006, ha creído observar un cambio hacia la izquierda —un cambio que desde la perspectiva actual podría cuestionarse—. González Ferrer y Queirolo Velasco, 2013, han llamado la atención sobre las discrepancias entre las clasificaciones políticas que han realizado los expertos académicos y políticos, por un lado, y los votantes, por el otro lado, en América Latina a comienzos del siglo XXI. Afirman que “en la mayoría absoluta de los casos [...] no coinciden” (101), aunque, generalmente, discrepan de grado, no de tendencia.

24 McGee Deutsch y Dolkart, 1993b: xvi.

25 Bobbio, 1995 (1994): 111.

en su esquema el criterio de la libertad para poder diferenciar entre las alas moderadas y radicales tanto de la derecha como de la izquierda²⁶.

Formular una definición universal para todas las variantes de la derecha en sus diferentes contextos históricos y geográficos más allá de estas explicaciones generales es una tarea difícil, cuando no imposible. Cada derecha tiene su propia historia, la que se distingue dependiendo del tiempo y espacio, lo que no quiere decir que no haya continuidades, interrelaciones e ideas comunes, todo lo contrario. Para el siglo xx pueden mencionarse, por ejemplo, el nacionalismo y el anticomunismo. Pero tampoco se debe ignorar las diferencias y contradicciones entre las diferentes expresiones derechistas. Los diversos grupos de la derecha competían por el poder y articulaban conflictos ideológicos, a veces profundos. Por eso, se requiere hablar en plural de las “derechas”. Roger Eatwell y Noël O’Sullivan, por ejemplo, distinguen entre una derecha reaccionaria, una derecha moderada, una derecha radical, una derecha extrema y una nueva derecha²⁷. Obviamente, esta es solamente una posibilidad de clasificar las diferentes variantes derechistas. Hay muchas más, lo que indica que el término derecha puede comprenderse como un concepto paraguas que abarca varios movimientos y tradiciones —entre ellos el conservadurismo en sus diferentes variantes—. Los colaboradores de este libro usamos el término derecha precisamente en este sentido amplio para, luego, explicar su sentido específico para los casos estudiados.

La cronología del pensamiento conservador y derechista

El pensamiento conservador y derechista es, como ya ha dicho Karl Mannheim, un “fenómeno histórico y moderno²⁸”, es decir, un fenómeno que surgió como parte y contraparte de la modernidad. Según Zeev Sternhell, se puede hablar también de una “segunda” u “otra modernidad²⁹”. Sus orígenes se ubican en la crítica de la Ilustración dieciochesca y

26 Bobbio, 1995 (1994): 123.

27 Eatwell y O’Sullivan, 1989. McGee Deutsch, 1999: 3, habla de la antigua y la nueva derecha distinguiendo la de finales del siglo xix y comienzos del xx de la derecha que surgió en los años 1920 y después de la Gran Depresión.

28 Mannheim, 1984 (1926): 93.

29 Sternhell, 2010: 8. A pesar de su semejanza, hay que tener presente que detrás de dichos términos existen conceptos diferentes. Mientras que Sternhell acentúa las diferencias

la Revolución Francesa. Los conservadores rechazaban las ideas ilustradas, particularmente la autonomía individual y la soberanía popular, y objetaban el cambio revolucionario y secularizador³⁰.

Sin embargo, el pensamiento conservador nunca fue homogéneo. Para el mundo hispanoamericano y español se puede distinguir con François-Xavier Guerra entre un pensamiento absolutista y el llamado “constitucionalismo histórico” como las tradiciones antiliberales que influyeron especialmente en el desarrollo del pensamiento conservador iberoamericano y español en el siglo XIX³¹. Los absolutistas defendían las prerrogativas del rey contra las aspiraciones tanto de los liberales como de las corporaciones (especialmente, el ejército y la iglesia) y las provincias. Desde su perspectiva, el rey reunía todo el poder en su persona y, por consiguiente, encarnaba el derecho y disponía del poder de cuestionar e, incluso, anular los fueros, los derechos históricos y las costumbres ancestrales. Los llamados “constitucionalistas históricos”, por su parte, criticaban y rechazaban la centralización del poder por parte de la corona. En cambio, entendían la monarquía como un pacto entre sus partes constitutivas, siendo el rey solamente una de ellas. Según ellos, la soberanía del rey encontraba sus límites en lo pactado³².

Lo que unía a las diferentes corrientes conservadoras era su crítica a lo que puede llamarse la cosmovisión antropocéntrica y secularizadora que cuestionaba la cosmovisión tradicional, jerárquica y teocéntrica del antiguo régimen al introducir en el imaginario social y político la idea de un individuo autónomo y la posibilidad de un cambio (lento o radical) realizado por los hombres mismos. Antes, hasta los revolucionarios más radicales se habían considerado reformadores, restauradores, o defensores de antiguas

entre la Ilustración y la “contra-ilustración” con base en el criterio de la racionalidad, otros autores, como Mannheim, 1984 (1926), Adorno y Horkheimer, 1988 (1944), o Koselleck, 1973 (1959), indican que la Ilustración ha llevado en sí su propia negación señalando el carácter racional del pensamiento político de los enemigos de la Ilustración. McMahon, 2001: 32, llega a declarar que “la contra-ilustración inventó la Ilustración”. Todos, sin embargo, están de acuerdo de que se trata de un fenómeno específicamente moderno y ubican su origen en el contexto de la Ilustración.

30 Véase Herrero, 1994 (1988). Schildt, 1998: 12-13. O’Sullivan, 2003: 151-152. Mücke, 2008. Sternhell, 2010: 8. Una posición contraria asume Kondylis, 1986, por ejemplo, quien identifica el conservadurismo con la nobleza y la defensa de la *societas civilis*. En su opinión, se trata de un fenómeno que, de hecho, llegó a su fin en el siglo XIX. Véase al respecto los comentarios críticos de Schildt, 1998: 13-15.

31 Guerra, 1992: 29.

32 Mücke, 2008: 447-459.

costumbres y leyes consuetudinarias. En un mundo en el cual el orden social no era considerado de origen humano, sino natural o sobrenatural, una posición crítica frente a las circunstancias imperantes no parecía posible³³.

En el siglo xx es difícil hablar de una historia compartida del pensamiento conservador y/o derechista. No puede negarse que buena parte de la derecha seguía manteniendo la crítica de la cosmovisión antropocéntrica y secularizadora. El rol importante que tenía el catolicismo en muchos movimientos de la derecha, incluso en sus variantes radicales y extremas, unía las derechas iberoamericanas, españolas y portuguesas a cierto nivel filosófico y las distinguía, a la vez, de las derechas en Alemania o los países escandinavos, por ejemplo. Sin embargo, la industrialización, el crecimiento demográfico y la urbanización, para mencionar solo tres aspectos, tenían como consecuencia el surgimiento de derechas muy diversas. Estas derechas podían unirse (como por ejemplo en el franquismo) o luchar entre sí sin que esto significara que perdieran sus características distintivas.

El paso del pensamiento conservador decimonónico a un pensamiento derechista en el siglo xx estaba vinculado tanto a las realidades específicas de cada país como al surgimiento de un nuevo pensamiento derechista en Europa, especialmente en Francia y en Italia. Las nuevas derechas fueron y siguen siendo, por un lado, herederas del pensamiento conservador decimonónico. Por el otro, son creaciones del siglo xx con sus propias características. La crítica al antropocentrismo y el cuestionamiento de la autonomía individual son criterios centrales para analizar las derechas tanto del siglo xix como del xx y podrían contribuir a discutir las continuidades y rupturas en el pensamiento conservador y derechista desde el surgimiento en la segunda mitad del siglo xviii hasta hoy.

La geografía del pensamiento conservador y derechista

Hasta la década de 1970, muchos historiadores concebían América Latina, España y Portugal como un sólo espacio histórico-cultural. Frente a los que recalcan las diferencias tanto entre los países latinoamericanos como entre estos y la Península Ibérica, una corriente historiográfica defendía la idea de que el impacto de la época colonial había sido tan importante que España, Portugal y América Latina seguían unidos por las tradiciones

33 Vierhaus, 1982: 533-534. O'Sullivan, 2003: 151.

y la herencia del pasado. Se subrayaba el rol del catolicismo, el proceso industrializador lento (en comparación con Estados Unidos, Francia, Alemania y Gran Bretaña) y una tradición autoritaria que se había expresado en dictaduras y regímenes autoritarios durante buena parte de los siglos XIX y XX. Hoy, esta visión espacial ha desaparecido. España y Portugal se consideran países europeos, mientras que América Latina se ha independizado tanto en el imaginario popular como en los cursos universitarios y en los manuales históricos.

Sin embargo, la nueva historia política ha recalcado las interdependencias entre los países latinoamericanos e ibéricos, refiriéndose, sobre todo, a la época de la independencia y posindependencia. La Constitución de Cádiz, vigente a ambos lados del Atlántico, es considerada un referente importante para el pensamiento político tanto en España como en Hispanoamérica. Asimismo, la circulación de libros había creado un marco de referencias común. Los libros que se leían en Brasil o en Hispanoamérica muchas veces habían sido impresos en España o Portugal, aunque esto no niega la importancia de autores franceses o ingleses³⁴. Para el pensamiento conservador iberoamericano pueden mencionarse, por ejemplo, los escritos de Augustin Barruel o Edmund Burke. Sin embargo, estos libros no sólo circulaban en sus idiomas originales, sino también en traducciones hechas en España, México y Brasil³⁵. Por lo tanto, los términos clave de la política, los conceptos y las ideas más importantes eran similares cuando no idénticos a ambas orillas del Atlántico y más allá³⁶.

Mientras que para la primera mitad del siglo XIX se suelen analizar los lazos del pensamiento político entre España y Hispanoamérica, y entre Portugal y Brasil, respectivamente, es poco común vincular el pensamiento político del siglo XX de esta manera. Para el siglo XX predominan los enfoques nacionales. Por lo general, se analizan fuerzas y pensamientos políticos nacionales o latinoamericanos. Los estudios que se centran en la historia de una corriente de pensamiento político sin ningún enfoque geográfico en especial suelen dejar de lado a los países latinoamericanos e ibéricos. Para la historia global del pensamiento político, América Latina, Portugal y España parecen no haber existido.

34 Véase Mücke, 2008: 27, 453-456.

35 Se publicaron traducciones de Burke en 1812 en Río de Janeiro y en 1826 en México; y de Barruel en 1800 y 1813 (2 vols.), en México y Palma de Mallorca.

36 Véase Fernández Sebastián, 2009, particularmente pp. 27-32.

Este libro es, en este sentido, una excepción en cuanto reúne estudios sobre la historia del pensamiento conservador y derechista en América Latina, España y Portugal en los siglos XIX y XX. Tras este enfoque espacial está la idea de que vale la pena tomar en serio los lazos entre los países de habla española y portuguesa a ambos lados del Atlántico. Suponemos que tanto en el siglo XIX como en el XX existían referencias, circuitos y comunicaciones que unían a España y Portugal con sus antiguas colonias de una manera especial. Además, pensamos que había vínculos más estrechos entre los países latinoamericanos mismos que entre estos y los países asiáticos, por ejemplo. Dada la larga dominación del enfoque nacional en la historiografía, es importante recalcar que no se trata de sustituirlo por un enfoque regional o global. Al contrario, hay que salir de un esquema espacial esencialista para poder tomar en cuenta la simultaneidad de varios espacios. Esto significa para el presente libro que no partimos de la idea de que hay que analizar la historia del pensamiento conservador y derechista como expresión de un supuesto mundo atlántico ibérico. Sin embargo, pensamos que vale la pena analizar las historias del pensamiento conservador y derechista en este espacio simultáneamente para darse cuenta del sinnúmero de enlaces, de contactos, de desarrollos paralelos y de influencias mutuas. Ello no niega la diversidad del pensamiento político y el hecho de que se desarrolla en conflictos concretos. Significa, más bien, estudiar las “variantes específicas” del pensamiento conservador en cada uno de los países latinoamericanos, y en España y Portugal, tomando en cuenta las relaciones y conexiones transnacionales³⁷.

2. Temas

Soberanía

En sus orígenes en el siglo XVIII y comienzos del XIX el pensamiento conservador rechazaba el cambio revolucionario por considerarlo una violación del orden natural creado por Dios. Este rechazo se encuentra en pensadores ilustrados como Edmund Burke y en autores religiosos como Joseph de Maistre o Barruel. En el pensamiento conservador, el ser humano forma parte de un orden y está sometido a sus reglas. Por lo tanto, su libertad está

³⁷ Véase Mücke, 2008: 26-28. Acerca de las “variantes específicas”, véase Martin, 2001. Véase al respecto de las derechas transnacionales Durham y Power, 2010.

limitada, no solamente por leyes morales sino más que nada por la naturaleza del mundo mismo. Al igual que el hombre no puede parar el Sol, argumentan los conservadores, no le es posible cambiar el orden social creado por Dios. En las palabras de John P. East, “el hombre no es el Creador, es un ser creado; no es el alfarero, es el barro. Es así que el hombre se adapta a la creación, y no esta al hombre —proponer lo contrario es proponer cambiar el orden natural de las cosas—³⁸”. Por eso, la convicción de que la vida social se construye sobre bases que están fuera del alcance del poder humano formó el núcleo del pensamiento conservador. Como lo que está fuera del alcance del poder humano no se puede cambiar, el ser humano, dicen, no debe aspirar a cambiarlo. El mero intento de cambiarlo les parece una locura o un sacrilegio. En consecuencia, los conservadores abogan en contra de que el hombre cambie lo que ellos consideran las bases del “orden natural”. Al intentarlo —sigue la argumentación conservadora— se van a cometer los crímenes más atroces solo para que después todo regrese al “orden natural³⁹”.

Es obvio que en cada momento y cada contexto se debatía cuáles eran estos fundamentos supuestamente naturales, porque, en contra de lo que dicen los conservadores, cada grupo, cada época se imaginan una naturaleza y un orden social diferente⁴⁰. Al surgir el conservadurismo en América Latina, España y Portugal, el tema más importante fue la soberanía política. Por décadas se debatió la cuestión de si la soberanía residía en el monarca o en la nación y, relacionado con este debate, la de quiénes constituían la nación, o sea, quiénes tenían el derecho al voto. La cuestión de la soberanía se encontraba también en el centro del debate sobre el rol de la Iglesia y de la religión. Pues, había que decidir hasta dónde llegaba la soberanía del monarca o de la nación. Así, los conflictos entre la Iglesia y las casas reales ibéricas del siglo XVIII se transformaron en conflictos entre conservadores y liberales en el siglo XIX⁴¹.

38 La cita se encuentra en O’Sullivan, 2003: 151.

39 Véase al respecto Eatwell y O’Sullivan, 1989: 57-59.

40 En el presente libro González Calleja analiza la defensa del “orden social” por las diferentes corrientes conservadoras y tradicionalistas españolas entre 1840-1923 y señala las diferencias y conflictos entre ellas con respecto a la definición del “orden social” preferido y los medios utilizados para su defensa.

41 Véase Mücke, 2008: 447-452. Véase para las discusiones sobre la soberanía en Brasil en la época de la independencia en el libro presente Bastos Pereira das Neves; para el caso de Perú, véase Peralta.

Aunque en el siglo XIX la soberanía era más que nada una cuestión política, no hay que olvidar que detrás de este debate había filosofías diametralmente opuestas. A diferencia de los liberales y socialistas, los conservadores se basaban en una antropología negativa y desconfiaban de la razón humana. El ser humano era, en su opinión, un ser imperfecto. Por eso creían necesario limitar su libertad, controlarlo y mantener regímenes políticos que impidieran que este desatara toda su supuesta maldad e inmoralidad. Su rechazo de los cambios revolucionarios se basaba en dos creencias. Por un lado, se los rechazaba porque intervenían en un orden establecido que el hombre no tenía derecho ni capacidad de cambiar. Por otro lado, los regímenes políticos constitucionalistas y republicanos carecían, desde la perspectiva de los conservadores, de los instrumentos de control para llevar a los hombres por buen camino, en lo referente a los aspectos políticos (constituciones, elecciones) como a las cuestiones religiosas (pérdida de poder de la Iglesia, secularización en general)⁴².

Así que en sus orígenes el pensamiento conservador no defendía el pasado por ser el pasado. Lo defendía por corresponder a sus ideas del ser humano y del mundo. No era un pensamiento retrogrado sin contenido, sino más bien la expresión política de una visión del mundo arraigada en el cristianismo y en las filosofías seculares heredadas de la fe cristiana. Esta descripción del pensamiento conservador temprano en el siglo XIX permite preguntarse por los caminos que tomó en el transcurso de los siglos XIX y XX.

Aunque el término soberanía perdió su importancia en los debates políticos de los siglos XIX y XX, la antropología negativa siguió siendo el eje de los pensamientos conservadores y derechistas. Muchas veces dicha antropología negativa fue la base de la defensa de regímenes autoritarios y dictaduras argumentando que la democracia producía caos y desórdenes por la supuesta incapacidad de los hombres de autogobernarse. Al igual que en muchos debates sobre el rol de la mujer, sobre los métodos anticonceptivos, la educación y la orientación sexuales y un sinnúmero de temas vinculados a estas cuestiones, se encuentran argumentos que recurren a una idea que supone una naturaleza inmutable del ser humano. Mientras que al comienzo del siglo XIX se rechazaba la igualdad ciudadana debido a la supuesta desigualdad natural de los seres humanos, con el transcurso del siglo se rechazaba la igualdad entre hombre y mujer debido a supuestas diferencias

42 Véase en el libro presente Pani quien analiza la ambivalente postura conservadora frente a la soberanía popular a mediados del siglo XIX en México.

biológicas. Una y otra vez se argumenta que la soberanía del ser humano de organizar su mundo social tiene límites creados por Dios y/o la naturaleza.

Sin embargo, lo que era concebido como creación de Dios y/o la naturaleza del ser humano cambiaba con el transcurso del tiempo. El concepto “nación”, por ejemplo, había surgido originalmente como un concepto de los movimientos revolucionarios y liberales, aunque pronto se empezó a ver la nacionalidad como parte integrante del ser humano. En el pensamiento derechista, la nación dejaba de ser el conjunto de los ciudadanos para convertirse en un cuerpo orgánico en el cual cada uno ocupaba un lugar determinado. De este modo, la derecha se nacionalizó y se distanció del conservadurismo antiguo. Análogamente, el racismo biológico no corresponde al fundamento cristiano del pensamiento conservador, sin embargo, fue un elemento constitutivo de la derecha radical del siglo xx.

Finalmente se ha aducido que la derecha radical del siglo xx no es tanto heredera del conservadurismo sino de la idea de la revolución. De hecho, no sólo el fascismo, sino también las dictaduras de Franco, de Pinochet y otros regímenes y dictaduras civiles y militares de la derecha pensaban modelar las sociedades según sus criterios. Vistos desde el siglo xviii, podrían parecer regímenes revolucionarios, porque destruían estructuras sociales bien establecidas o por lo menos intentaban hacerlo. Sin embargo, describían sus “revoluciones” como el regreso a un pasado mejor, como simples ajustes o como la imposición de la única forma posible (léase natural) en la cual la sociedad podía funcionar. Parafraseando a Greiffenhagen se puede hablar de una segunda contradicción de la derecha. Mientras que Greiffenhagen constata que la derecha al surgir en el siglo xix es parte de la modernidad a la cual se opone, en el siglo xx impone su propia visión de la modernidad y niega al mismo tiempo esta imposición⁴³.

Iglesia y religión

Para la historiografía sobre el conservadurismo y las derechas en América Latina, España y Portugal la cuestión religiosa es uno de los temas más importantes⁴⁴. Aunque las revoluciones atlánticas rompieron la legitimidad

43 Greiffenhagen, 1971.

44 En el presente libro García Ugarte examina la relación compleja, variada y, a veces, contradictoria entre los católicos y la política mexicana en el siglo xix; Aljovín de Losada

religiosa del antiguo régimen y establecieron una legitimidad jurídica basada en un orden constitucional, la iglesia católica no solo logró sobrevivir al proceso revolucionario, sino que fue una de las pocas corporaciones que pudo desafiar a los nuevos Estados nacionales⁴⁵. Ello se debió a que el surgimiento de los Estados nacionales latinoamericanos e ibéricos en la primera mitad del siglo XIX fue la consecuencia de una revolución política sin transformaciones profundas de las estructuras sociales y religiosas. Por eso, el catolicismo devino el tema por antonomasia cuando se debatía si había que seguir cambiando la sociedad para encontrar el camino del progreso y de la civilización o si, por el contrario, había que declarar, como Napoleón en 1799, el fin de la revolución por ser un hecho consumado. El papel de la iglesia en las sociedades posrevolucionarias fue y sigue siendo un debate central en América Latina. De hecho, como ha subrayado Sol Serrano, la “sociedad civil latinoamericana emerge en buena medida de los conflictos derivados de la secularización del Estado⁴⁶”.

En el siglo XIX el pensamiento conservador iberoamericano e ibérico tenía mucho en común con el pensamiento en otros países europeos y americanos. Por eso, llama la atención que en el siglo XX las derechas que se distanciaron de la religión tuvieran mucho menos importancia en América Latina, España y Portugal que en Italia, Alemania u otros países europeos y americanos. Solo a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando surgió una derecha influyente que encontró en la economía del mercado un eje que sustituyó a la religión como elemento unificador, se podría decir que el pensamiento político conservador y derechista se seculariza de manera persistente en América Latina, España y Portugal. Las corrientes dominantes anteriores del pensamiento conservador y derechista no se pueden analizar sin tomar en cuenta la religión católica, pues desde

aborda la postura política de los católicos conservadores y ultramontanos en el Perú durante la segunda mitad del siglo XIX; Arias Trujillo analiza las estrechas, aunque complejas, plurales y dinámicas relaciones entre el conservadurismo colombiano y el catolicismo entre los años 1880 y 1930.

45 Véase Serrano, 2008: 18-19. No obstante, no se debe imaginar un conflicto entre dos instituciones ya perfectamente definidas y establecidas. Para el caso chileno, Sol Serrano ha mostrado que hacia mediados del siglo XIX ambas instituciones “se están construyendo con bastante dificultad y ‘la’ Iglesia es un conjunto de cuerpos con muchas autonomías que la jerarquía diocesana apenas puede administrar.” El desarrollo hacia una iglesia ultramontana y jerarquizada fue pues un resultado del siglo XIX. Serrano, 2008: 24.

46 Serrano, 2008: 23.

su surgimiento el pensamiento conservador y el catolicismo tuvieron los mismos fundamentos filosóficos, siempre y cuando uno identifique al catolicismo con la ortodoxia defendida por la cúpula eclesiástica romana, asimismo compartieron muchos elementos, particularmente la crítica a la modernidad y el rechazo, primero al liberalismo, luego al comunismo. El catolicismo enlazaba el pensamiento conservador con el imaginario político del antiguo régimen y le proporcionaba un discurso retórico para inscribirse en una tradición milenaria. Tanto en el siglo XIX como en el XX, el catolicismo fue fundamental para justificar la defensa del orden existente y de la idea jerárquica de la sociedad, y para rechazar los cambios radicales y bruscos. Además, contribuyó a generar una identidad nacional específicamente conservadora en Hispanoamérica que resaltaba el vínculo con España y, a la vez, relegaba las tradiciones indígenas y afroamericanas a un segundo lugar. Al mismo tiempo, apoyándose en la religión católica, los conservadores se distanciaban de las culturas supuestamente materialistas, fueran las de índole norteamericana y protestante o comunista y atea⁴⁷.

La encíclica *Rerum Novarum*, publicada por León XIII en 1891, y la resultante doctrina social católica fueron de importancia especial para la transformación del pensamiento conservador decimonónico en el pensamiento derechista del siglo XX porque articulaban una visión organicista y corporativista de la sociedad que tomaba en serio los cambios en las sociedades modernas y a la vez recurría a la filosofía católica tradicional y sus conceptos⁴⁸. De hecho, el corporativismo católico tuvo gran influencia no sólo en las doctrinas de las derechas religiosas, sino también en las de las derechas seculares. En fin, el pensamiento conservador y derechista del siglo XX incluía otras ideas y se preocupaba por otros temas que el pensamiento del siglo XIX. Era un pensamiento político mucho menos vinculado con el

47 Véase al respecto, por ejemplo, Pérez Montfort, 1992.

48 Según Blancarte la doctrina social católica se identifica particularmente con el catolicismo intransigente. Cita al respecto a Jean-Marie Mayeur, quien la define como el “rechazo del individualismo, organicismo, defensa de la familia, sueño de la alianza del pueblo y del clero contra los notables, corporativismo, descentralización, hostilidad contra el orden establecido, aquel de los bienpensantes y de los conservadores, búsqueda de una tercera vía entre el liberalismo y socialismo, antindustrialismo, anticapitalismo, con un tinte de antisemitismo”. Blancarte, 1996: 27. Al comentar la cita, Blancarte subraya que muchos elementos del catolicismo intransigente siguen existiendo hoy en día, el antisemitismo inclusive. “Otros elementos, como el antindustrialismo, han sido remplazados por el anticomunismo y el antimaterialismo.” Blancarte, 1996: 27.

antiguo régimen que con un régimen futuro que se intentaba implantar con variantes en diversos países a ambos lados del Atlántico.

Mujeres y género

Por mucho tiempo la historiografía no prestó la debida atención a las relaciones de género y al activismo femenino dentro de los movimientos derechistas y el pensamiento conservador. Para el siglo XIX las investigaciones sobre el pensamiento conservador muchas veces ignoran el rol que este asignaba a las mujeres. Sin embargo, las relaciones de género, subrayan Paola Bacchetta y Margaret Power, son de suma importancia en él⁴⁹, pues el orden social imaginado y defendido por el pensamiento conservador y derechista se basa en una jerarquía de género. La exclusión de las mujeres de la esfera pública y la relegación de las mujeres al hogar y a la familia no sólo han sido prácticas de una cultura burguesa, sino a la vez demandas explícitas de los conservadores y de la derecha, por mucho tiempo. “La mujer” en singular devino una clave para el pensamiento conservador y derechista, ya que era y sigue siendo el tema preferido para pensar el orden social como orden natural. Al igual que el antiguo régimen fue pensado como un orden natural y dado por Dios, el rol de “la mujer” fue y es pensado como resultado de la naturaleza de los seres humanos. La afirmación de una naturaleza femenina con implicaciones sociales ha sido y sigue siendo el argumento preferido de los conservadores y las derechas para fundamentar su idea de que el ser humano no podía determinar libremente el orden social. Por eso, no sorprende que casi todos los pensamientos conservadores y derechistas, no obstante su diversidad ideológica, posean una noción esencialista de la sexualidad, defiendan la familia heteronormativa y aboguen por una sociedad patriarcal⁵⁰. En América Latina y la Península Ibérica, estas nociones han sido profundamente influidas por el catolicismo.

Pese a estas posturas antifeministas, muchas mujeres han desempeñado un papel importante en diversas agrupaciones derechistas y han articulado sus propios discursos y agendas, particularmente en el siglo XX, “el siglo

49 Bacchetta y Power, 2002: 3.

50 Bacchetta y Power, 2002: 7-10. Power, 2015: 94-95.

de las mujeres⁵¹". Es importante subrayar que estas mujeres, como todas, son actores históricos por propio derecho e intentan plasmar sus propias ideas y proyectos. No cumplen con los papeles secundarios que les son habitualmente asignados por sus correligionarios masculinos. Se encargan de funciones importantes y toman posesión de puestos directivos dentro de los movimientos derechistas⁵². Los motivos por los cuales mujeres se afilian a organizaciones de derecha son varios, explican Bacchetta y Power. En cuanto a los problemas políticos y sociales percibidos, no se diferencian mucho de los motivos que alegan los hombres derechistas, por ejemplo, el miedo al "desorden" o la preocupación por la integridad de la familia. No obstante, un motivo parece estar particularmente relacionado con la experiencia femenina en las sociedades patriarcales, y es el sentido de obtener poder. Su activismo político y social ofrece a las mujeres derechistas oportunidades que no les hubieran sido accesibles en caso contrario, y de esta manera les es posible autoafirmarse como individuos. Comparten esta experiencia, de hecho, con las mujeres que trabajan en organizaciones de izquierda. Sin embargo, existe una diferencia importante. Mientras que las mujeres izquierdistas luchan por la emancipación o liberación de todas las mujeres, las mujeres derechistas abogan por un empoderamiento limitado a ellas mismas o a un grupo selecto⁵³. Además, en contraste con las mujeres de izquierda, el activismo político y social de las mujeres de derecha entra en conflicto con sus propios discursos. Mientras desarrollan su activismo en la esfera pública y rompen de esta manera con las concepciones y normas de las sociedades patriarcales, defienden al mismo tiempo las estructuras y relaciones de poder que confinan las mujeres al espacio privado y familiar⁵⁴. De hecho, la mayoría de las veces toman posiciones decididamente antifeministas constituyendo un caso más de lo que Greiffenhagen llamó el "dilema del conservadurismo": la misma actividad de las mujeres derechistas contradice las ideas que defienden⁵⁵.

51 Véase, por ejemplo, Power, 2002. Boylan, 2006. Power, 2015. Manzano, 2015. Véase también Power y Flunser Pimentel en este libro. La cita se refiere al título de Portugal y Torres, 1999.

52 Bacchetta y Power, 2002: 3 y 4-7.

53 Bacchetta y Power, 2002: 6, 7, 13-14.

54 Bacchetta y Power, 2002: 5-6.

55 Greiffenhagen, 1971.

Masas y élites

Las clases populares siempre han tenido un papel importante en el pensamiento conservador y derechista. Durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX, las élites de América Latina y la Península Ibérica imaginaron los sectores populares como el “otro”, un “otro” desconocido y potencialmente peligroso⁵⁶. Las élites, conservadoras y liberales, los describían como gente “bárbara” e inculta. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en el contexto de la cientificación del mundo, surgió un nuevo discurso biologista y medicinal que se sumaba al antiguo discurso civilizatorio. Los sectores populares fueron descritos ahora como razas inferiores, seres degenerados, enfermos mentales y sujetos inmorales que, se argumentaba, debían ser controlados, disciplinados y encarcelados o incluso exterminados. Liberales y conservadores se parecían en su crítica de la gente común. Sin embargo, los liberales pensaban cambiar a la gente a través de la educación y del progreso económico y social mientras que los conservadores veían la desigualdad social como un hecho natural que existía e, incluso, debía existir en todas las sociedades humanas. En el pensamiento conservador no había un futuro de seres iguales.

En el siglo XX es mucho más difícil encontrar un denominador común en el pensamiento derechista en lo que se refiere a los sectores populares. Existía una derecha elitista que mantenía un discurso excluyente. A la vez, había una derecha radical que se basaba en la movilización vertical de los sectores populares o, por lo menos, pensaba hacerlo. Los gobiernos militares —tanto en la Península Ibérica como en América Latina— partían de la idea de que había que excluir los sectores populares del poder político. No obstante, lo que unía a todas las derechas —la derecha económica neoliberal incluida— con los conservadores del siglo XIX era su rechazo de la igualdad social. Paradójicamente, ha habido también movimientos populares que se identificaban con este rechazo⁵⁷.

Otro tópico del pensamiento conservador y derechista ha sido concebir a las llamadas “masas” como fácilmente manipulables. No se ha concedido a las clases populares la capacidad de tener intereses e ideas propios; no

56 Véase Pani en el libro presente.

57 Willie Thompson describe los regímenes conservadores como “gobiernos de la élite, por la élite y para la élite” (“of the elite, by the elite and for the elite”). Thompson, 2011: 179.

fueron reconocidas como actores históricos independientes. Si las mismas clases populares no podían ser responsables de los acontecimientos históricos no deseados, se tenía que buscar a algún otro a quien culpar. Por eso, las teorías conspirativas siempre han desempeñado un rol importante para los conservadores y derechistas. Por consiguiente, en el siglo XVIII y XIX, la Ilustración y la Revolución Francesa fueron imaginadas como una conspiración de liberales, protestantes y masones que, se decía, intentaban difundir sus ideas supuestamente peligrosas mediante libros y folletos⁵⁸. Por lo tanto, se creía necesario reforzar la censura y el control ideológico. A comienzos del siglo XIX, las revoluciones en Iberoamérica fueron interpretadas por los conservadores y contrarrevolucionarios de manera muy parecida. Otra vez, liberales, protestantes y masones fueron denunciados como culpables de incitar el pueblo contra las autoridades⁵⁹. Al principio del siglo XX, a más tardar, se agregaba a los socialistas, comunistas y judíos a la lista de los que supuestamente seducían a las “masas ignorantes⁶⁰”.

Sin embargo, las clases populares nunca han cumplido el papel pasivo que el pensamiento conservador les asignaba. Hace décadas la historiografía empezó a estudiar el pensamiento y los proyectos políticos de los subalternos. Se podía mostrar que las clases populares tenían sus propios intereses y agendas que no siempre eran compatibles con los de las élites. La mayor parte de los trabajos sobre las clases populares han resaltado su papel progresista. No obstante, no debe subestimarse el impacto que han tenido las ideas conservadoras y derechistas en los sectores populares. Ha habido diversos movimientos conservadores y derechistas populares en el mundo latinoamericano. En el siglo XIX, el conservadurismo encontró mucho apoyo, sobre todo, en el campo y en el siglo XX, una parte considerable de las clases populares luchó contra las ideas progresistas, liberales, socialistas e izquierdistas. Había un imaginario político popular que correspondía a ciertas concepciones del pensamiento conservador y derechista de la élite, la más prominente entre ellas era la importancia que se asignaba a la religión. Sin embargo, las clases populares generaban sus propios modos de pensar y actuar que no deben excluirse de la historia del pensamiento político.

58 Especialmente las obras de Barruel tenían una gran influencia en el desarrollo de las teorías conspirativas conservadoras y contrarrevolucionarias. Véase al respecto, Mücke, 2008: 136-140.

59 Véase, por ejemplo, Velez, 1814: 10.

60 Véase al respecto, por ejemplo, Bohoslavsky, 2009.

Lecturas y referencias

En Iberoamérica, el desarrollo del pensamiento conservador y derechista, como el del pensamiento político en general, estuvo ligado al surgimiento de la esfera pública en el siglo XVIII y XIX la cual no se limitaba a las fronteras nacionales, sino que formaba un espacio transnacional, sobre todo urbano. Gracias a la circulación de personas y libros, los conservadores y derechistas iberoamericanos podían compartir ideas y lecturas. Utilizaban los mismos conceptos y términos y recurrían a metáforas y símbolos parecidos⁶¹. Después de la invasión francesa de 1808, por ejemplo, se comenzaron a usar términos como “falsa filosofía”, “regicidio” y “verdadera religión”, que no eran neutrales, sino altamente combativos: en el contexto de las guerras napoleónicas marcaron las posiciones leales al rey Fernando VII y a su visión de una monarquía neo-absolutista. Más adelante, el pensamiento conservador se identificaba con términos como “orden”, “progreso”, “religión”, “tradicición” y otros más. De este modo se establecieron en el transcurso del siglo XIX una retórica y unos campos semánticos que indicaban posiciones específicamente conservadoras. Teóricamente hubiera sido posible expresar opiniones diversas con los términos mencionados. Sin embargo, liberales, demócratas y socialistas, por su parte, preferían otros términos y referencias para señalar sus posiciones políticas.

Con el cambio del siglo, términos anti-materialistas empezaron a introducirse en el vocabulario conservador. Mientras que en el siglo XIX nociones como “progreso” y “tradicición” habían convivido sin grandes problemas, en las primeras décadas del siglo XX términos como “modernidad”, “progreso”, “materialismo” fueron contrapuestos a nociones como “espíritu”, “sentimiento” o incluso “juventud⁶²”. El pensamiento conservador se ubicó en campos semánticos mucho más idealistas que en el siglo XIX. Esto tenía que ver con el hecho de que dos de las instituciones a que se referían los discursos conservadores, la iglesia y la monarquía, habían perdido poder. En varios países hispanoamericanos, el hispanismo aglutinó aspectos heredados del anterior pensamiento conservador⁶³.

61 Mücke, 2008: 27, 453-456.

62 En el breve ensayo “Ariel” de José Enrique Rodó, por ejemplo, el término “espíritu” aparece más de cien veces.

63 Véase Pike, 1971. Pérez Montfort, 1992. Comparéese también el concepto de “hispanoamericanismo” en Granados García, 2005.

En la segunda mitad del siglo xx el término “libertad” empezó a desempeñar un papel cada vez más importante en el pensamiento conservador. Mientras que antes “orden”, “jerarquía” y “tradición” habían sido contrapuestos a “libertad” e “igualdad”, ahora el término “libertad” se vinculaba con el pensamiento conservador y derechista y perdía su vínculo semántico revolucionario. De este modo, desde la Guerra Fría los defensores de las dictaduras más crueles podían hablar de la defensa de la “libertad del occidente”, del “mercado”, de la “conciencia”, etc. A la vez, la Guerra Fría fue el trasfondo de la alianza semántica del pensamiento conservador con el pensamiento liberal, especialmente en las variantes que acentuaban el liberalismo económico⁶⁴.

Al igual que los términos, viajaban los hombres, los libros y las revistas. Desde el último tercio del siglo xix la navegación a vapor hizo posible que cada vez más intelectuales y políticos se encontraran personalmente. Por muchas décadas, París fue la “capital de América Latina” porque era un lugar donde la élite latinoamericana podía verse e intercambiar ideas y opiniones⁶⁵. Más adelante, la radio, la televisión, la aviación e internet redujeron las distancias. Aunque los intercambios internacionales se hicieron más fluidos en el siglo xx, en muchos discursos y pensamientos derechistas el nacionalismo empezó a constituir un elemento cada vez más importante. Esto fue posible por la diversificación del significado semántico de “nación”. Al lado de la idea liberal de la nación, surgieron conceptos corporativistas y racistas de la nación los cuales casaban perfectamente con el ideario conservador y derechista.

Anticomunismo

En el siglo xx, el anticomunismo fue un elemento unificador de los movimientos derechistas. Frente al socialismo y al comunismo, las diferencias ideológicas que dividían a las derechas solían pesar poco. Los términos “comunismo” y “socialismo” aparecieron desde la segunda mitad del siglo xix en los escritos derechistas. Sin embargo, solo después de la revolución rusa

64 Véase en este libro el texto de Marchi que describe la transformación del sector nacional-revolucionario en Portugal hacia posiciones conservadores liberales en los años setenta y ochenta del siglo xx.

65 Streckert, 2013.

se formó una idea más definida acerca del comunismo y del socialismo dentro de los sectores derechistas. Desde aquel entonces, empezaron a ser conceptualizados como un apocalipsis que había que impedir a todo costo. En los discursos derechistas, los comunistas y socialistas se asemejaban al diablo del pensamiento moral cristiano, como agentes malévolos y astutos que intentaban seducir a la gente buena e ingenua. Muchas teorías conspirativas derechistas, de hecho, giraban en torno a grupos de comunistas, bien conectados y organizados, que supuestamente trabajaban en secreto para derribar el orden político y social. Con frecuencia, estas teorías conspirativas anticomunistas contenían argumentos y conceptos antisemitas y racistas⁶⁶.

El anticomunismo logró entrelazar varios discursos conservadores y derechistas. Al describir el comunismo como el enemigo de un supuesto occidente, se pudo combinar el pensamiento religioso conservador de los siglos XIX y XX con las concepciones de la libertad individual y del capitalismo del siglo XX. Por el catolicismo y la economía de mercado, América Latina, España y Portugal formaban parte del occidente imaginado, el cual se diferenciaba de un mundo supuestamente oriental y comunista. Esto fue fundamental para pensar América Latina desde la derecha durante la Guerra Fría. De tal manera el anticomunismo en América Latina insertó las realidades muy peculiares de esta región en un discurso internacional bipolar⁶⁷. Al igual que en la España franquista y en el Portugal salazarista, en los regímenes autoritarios y dictatoriales latinoamericanos el anticomunismo no defendía los derechos ciudadanos, sino que por el contrario legitimaba la supresión de dichos derechos, pese a una retórica que enarbolaba la libertad. Fue así que, mediante el anticomunismo, los regímenes autoritarios y dictatoriales muchas veces consiguieron el apoyo de la derecha democrática⁶⁸.

66 Véase al respecto, por ejemplo, Bohoslavsky, 2009, quien analiza las teorías conspirativas de la derecha en Argentina y Chile durante los siglos XIX y XX.

67 Véase, por ejemplo, Durham y Power, 2010b.

68 Véase en el presente libro Bohoslavsky, Broquetas y Gomes quienes analizan a las juventudes anticomunistas en Argentina, Chile y Uruguay en los años sesenta del siglo XX; véase también en este libro Power sobre los discursos anticomunistas de las mujeres conservadoras en Chile y Brasil en los años sesenta y setenta del siglo XX.

Fascismo y dictaduras

A pesar de que en un momento u otro existieron movimientos fascistas en muchos países latinoamericanos, así como en España y en Portugal, ninguno logró imponerse frente a otras corrientes de derecha⁶⁹. Al igual que en Alemania o en Italia, el pensamiento fascista en América Latina, España y Portugal se diferenció de otras tendencias derechistas por su carácter revolucionario y antielitista. Se vinculaba a la vez a la derecha por su defensa de un capitalismo orgánico y su rechazo del comunismo/socialismo. El fracaso del fascismo en América Latina, España y Portugal ilustra una característica del pensamiento derechista en el mundo ibérico a ambos lados del Atlántico. El pensamiento derechista moderado, católico o radical seguía siendo más elitista en América Latina, España y Portugal que en otras partes del mundo, incluso en el siglo xx, pues implicaba básicamente un vínculo discursivo más fuerte con las instituciones tradicionales, sobre todo la Iglesia Católica, las Fuerzas Armadas y los respectivos consorcios empresariales nacionales⁷⁰.

El fuerte vínculo con las Fuerzas Armadas es una de las razones por las cuales los movimientos populistas de Juan Domingo Perón y Getúlio Vargas no articularon una ideología fascista a pesar de copiar varios elementos del fascismo. El justicialismo y el “Estado Novo” no pensaban en subordinar a toda la sociedad y al Estado a una ideología y un partido únicos. No eran ideologías totalitarias que se propusieran sustituir la sociedad existente por otra. Más bien se trataba de un discurso ecléctico que hasta hoy nutre el debate sobre el carácter del populismo en América Latina.

El rol importante de las Fuerzas Armadas en la historia política de América Latina también se expresaba en la doctrina de la “seguridad nacional”, la cual ocupó un lugar central en el pensamiento derechista latinoamericano durante la Guerra Fría. El concepto de la seguridad nacional entrelazaba cuestiones de seguridad militar internacional con cuestiones del desarrollo socioeconómico⁷¹. De ahí que las Fuerzas Armadas se describieran a sí mismas como guardianas de la política interna con derecho de intervenir en los procesos políticos siempre y cuando, según ellas, la seguridad nacional

69 Véase, por ejemplo, Bertonha, 2013.

70 Véase en este libro el texto de Bertonha que analiza los movimientos fascistas en América Latina desde una perspectiva transnacional; para la formación de una élite conservadora femenina en el Portugal salazarista, véase Flunser Pimentel.

71 Véase, por ejemplo, Mares, 2008.

estuviera amenazada. A diferencia de golpes e intervenciones anteriores, los gobiernos de las Fuerzas Armadas ya no se justificaban por el mantenimiento del orden social y menos por la defensa de un determinado grupo de poder. Al contrario, alegaban defender la integridad territorial de la nación al reformar la estructura social y política de la sociedad. Con la sola excepción del gobierno militar peruano entre 1968 y 1980, las políticas implementadas solían corresponder a modelos defendidos por partidos e ideólogos de derecha. Esto incluía la supresión de los derechos laborales y de la organización sindical, la limitación de la participación política y de la libertad de expresión, el apoyo a los grupos empresariales más grandes y, finalmente, la alianza con la Iglesia Católica. La lógica de la seguridad nacional lograba unir posiciones opuestas dentro del pensamiento derechista. De este modo, sistemas económicos muy liberales empezaron a ser pensados como constitutivos para sociedades católicas y autoritarias. El mercado (constituido por individuos y por eso el eje del pensamiento económico liberal y anti-organicista) ahora fue concebido como parte del orden natural, similar a la familia o a la comunidad en el pensamiento católico conservador tradicional⁷². Por eso, no le competía al Estado intervenir en el mercado al igual que no le competía intervenir en otros asuntos que estaban fuera de la soberanía del ser humano.

A modo de conclusión

Los artículos del presente libro examinan varios aspectos de la historia del pensamiento conservador y derechista en América Latina, España y Portugal en los siglos XIX y XX. Se sobreentiende que la historia de este pensamiento es tan diversa y heterogénea que es imposible ofrecer una visión completa. Por eso hemos optado por ofrecer una introducción a determinados debates y temas esperando que así quede clara la complejidad del pensamiento conservador y derechista. En síntesis, los estudios sobre este tema apenas están en sus inicios. Falta, sobre todo, un mayor intercambio entre los historiadores y las historiadoras especializados en un solo país para apreciar las divergencias y similitudes entre los diferentes países ibéricos a ambos lados del Atlántico. El presente libro es un intento de fomentar este intercambio.

72 Véase Cristi y Ruiz, 1992: 126-128.

Bibliografía

- Adorno, Theodor W., Max Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Frankfurt/M., Fischer, 1988 (1^{ra} ed. 1944).
- Álvarez, Izaskun y Julio Sánchez Gómez (ed.), *Visiones y revisiones de la independencia americano. Realismo/Pensamiento conservador. ¿Una identificación equivocada?*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2014.
- Bacchetta, Paola, Margaret Power, "Introduction", Paola Bacchetta y Margaret Power (eds.), *Right-Wing Women. From Conservatives to Extremists Around the World*, New York et al., Routledge, 2002.
- Barruel, Augustin, *Historia del clero en el tiempo de la revolucion francesa*, México, Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, 1800.
- Barruel, Augustin, *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, Palma, Felipe de Guasp, 1813, 2 vols.
- Bertonha, João Fábio, *Sombras autoritárias e totalitárias no Brasil. Integralismo, fascismos e repressão política*, Maringá, Eduem, 2013.
- Blancarte, Roberto J., "La doctrina social del episcopado católico mexicano", Roberto J. Blancarte (ed.), *El pensamiento social de los católicos mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996: 19-38.
- Bobbio, Norberto, *Destra e sinistra. Ragioni e significati de una distinzione politica*, Roma, Donzelli Editore, 1995 (1. ed. 1994).
- Bohoslavsky, Ernesto, *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009.
- Boylan, Kristina, "Gendering the Faith and Altering the Nation. Mexican Catholic Women's Activism, 1917-1940", Gabriela Cano, Jocelyn Olcott, and Mary Kay Vaughan (eds.), *Sex in Revolution. Gender, Politics, and Power in Modern Mexico*, Durham, N.C., Duke University Press, 2006: 199-222.
- Burke, Edmund, *Extractos das obras politicas e economicas de Edmund Burke (traducido por José da Silva Lisboa)*, Rio de Janeiro, Imprensa Regia, 1812.
- Burke, Edmund, *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, México, Oficina a Cargo de Martín Rivera, 1826.
- Cristi, Renato, Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1992.
- Durham, Martin, Margaret Power (eds.), *New Perspectives on the Transnational Right*, New York et al., Palgrave Macmillan, 2010a.
- Durham, Martin, Margaret Power, "Transnational Conservatism. The New Right, Neo-conservatism, and Cold War Anti-Communism", Martin Durham, Margaret Power (eds.), *New Perspectives on the Transnational Right*, New York et al., Palgrave Macmillan, 2010b: 133-148.
- Eatwell, Roger, Noël O'Sullivan, *The Nature of the Right. European and American Politics and Political Thought since 1789*, London, Pinter, 1989.
- Fernández Sebastián, Javier (ed.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, Universidad del País Vasco; Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009-2014, 2 vols., 11 tomos.

- Fernández Sebastián, Javier, "Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos", Javier Fernández Sebastián (ed.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, 2009: I, 23-45.
- Gallus, Alexander, "'Intellectual History' mit Intellektuellen und ohne sie. Facetten neuerer geistesgeschichtlicher Forschung", *Historische Zeitschrift* 288:1 (2009): 139-150.
- González Ferrer, Luis Eduardo y Rosario Queirolo Velasco, "Izquierda y derecha. Formas de definir las, el caso latinoamericano y sus implicaciones", *América Latina Hoy* 65 (2013): 79-105.
- Granados García, Aimer, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México y Universidad Autónoma Metropolitana, 2005.
- Greiffenhagen, Martin, *Das Dilemma des Konservatismus in Deutschland*, Munich, Piper, 1971.
- Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, 1992.
- Hellmuth, Eckhart y Christoph von Ehrenstein, "Intellectual History Made in Britain. Die Cambridge School und ihre Kritiker", *Geschichte und Gesellschaft* 27 (2001): 149-172.
- Herrero, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza, 1994 (1. ed. 1988).
- Hobsbawm, Eric J., *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, London, Michael Joseph, 1994.
- Kondylis, Panajotis, *Konservatismus. Geschichtlicher Gehalt und Untergang*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1986.
- Koselleck, Reinhart, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Frankfurt/M., Suhrkamp, 1973 (1. ed. 1959).
- Lottes, Günther, "Die Kontexte der Texte. Perspektiven der Kontextanalyse in der neuen Ideengeschichte", *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht* 61:11 (2010): 620-630.
- Mallon, Florencia, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands. Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1983.
- Mander, John, *The Unrevolutionary Society. The Power of Latin American Conservatism in a Changing World*, New York, Alfred A. Knopf, 1969.
- Mannheim, Karl, *Konservatismus. Ein Beitrag zur Soziologie des Wissens*, Frankfurt/M., Suhrkamp, 1984 (ed. por David Kettler, Volker Meja und Nico Stehr).
- Manzano, Valeria, "Sex, Gender, and the Making of the 'Enemy Within' in Cold War Argentina", *Journal of Latin American Studies* 47:1 (2015): 1-29.
- Mares, David R. "The National Security State", Thomas H. Holloway (ed.), *A Companion to Latin American History*, Malden et al., Blackwell, 2008: 386-405.
- Martin, Jean-Clément (ed.), *La contre-révolution en Europe, XVII^e-XIX^e siècles. Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001.
- McGee Deutsch, Sandra, *Las Derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford (California): Stanford Univ. Press, 1999.
- McGee Deutsch, Sandra, Ronald H. Dolkart, "Introduction", Sandra McGee Deutsch y Ronald H. Dolkart (eds.), *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present*, Wilmington (Delaware), SR Scholarly Resources Books, 1993b: xiii-xix.
- McMahon, Darrin M., *Enemies of the Enlightenment. The French Counter-Enlightenment and the Making of Modernity*, Oxford et al., University of Oxford Press, 2001.

- Mücke, Ulrich: *Gegen Aufklärung und Revolution: Die Entstehung konservativen Denkens in der iberischen Welt (1770-1840)*, Köln, Wien y Weimar, Böhlau, 2008.
- Needell, Jeffrey D., *The Party of Order: the Conservatives, the State, and Slavery in the Brazilian Monarchy, 1831-1871*, Stanford, Stanford Univ. Press, 2006.
- O’Sullivan, Noël: “Conservatism”, Terence Ball y Richard Bellamy (ed.), *The Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought*, Cambridge et al., Cambridge University Press, 2003: 151-164.
- Palacios, Guillermo (ed.), *Ensayos sobre la “nueva” historia política de América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007.
- Pani, Erika (ed.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, 2 vols.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Pike, Frederick B., *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Notre Dame y London, University of Notre Dame Press, 1971.
- Portugal, Ana María, Carmen Torres (eds.), *El siglo de las mujeres*, Santiago de Chile, Isis Internacional, 1999.
- Power, Margaret, “Who but Women? The Transnational Diffusion of Anti-Communism among Conservative Women in Brazil, Chile and the United States during the Cold War”, *Journal of Latin American Studies* 47:1 (2015), 93-119.
- Power, Margaret, *Right-Wing Women in Chile. Feminine Power and the Struggle Against Allende, 1964-1973*, University Park (Pennsylvania), Pennsylvania State University Press, 2002.
- Reyna, José Luis, “América Latina: hacia una nueva geometría política”, *Estudios Sociológicos* 24:72 (2006): 757-771.
- Romero, José Luis, “El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX”, José Luis Romero (ed.), *Pensamiento conservador (1815-1898)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986 (1. ed. 1978): ix-xl.
- Sanders, James E., *The Vanguard of the Atlantic World. Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*, Durham (N.C.), Duke University Press, 2014.
- Schildt, Axel, *Konservatismus in Deutschland. Von den Anfängen im 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart*, München, C. H. Beck, 1998.
- Serrano, Sol, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Sternhell, Zeev, *The Anti-Enlightenment Tradition*, New Haven, Londres, Yale University Press, 2010 (1. ed. francés 2006).
- Stollberg-Rilinger, Barbara (ed.), *Ideengeschichte*, Stuttgart, Steiner, 2010a.
- Stollberg-Rilinger, Barbara, “Einleitung”, Barbara Stollberg-Rilinger (ed.), *Ideengeschichte*, Stuttgart: Steiner, 2010b.
- Streckert, Jens, *Die Hauptstadt Lateinamerikas. Eine Geschichte der Lateinamerikaner im Paris der Dritten Republik (1870-1940)*, Köln, Weimar y Wien, Böhlau, 2013.
- Suvanto, Pekka, *Conservatism from the French Revolution to the 1990s*, Houndmills (Basingstoke) y Nueva York, Macmillan y St. Martin’s, 1997.

- Thompson, Willie, *Ideologies in the Age of Extremes. Liberalism, Conservatism, Communism, Fascism, 1914-1991*, London y New York, Pluto, 2011.
- Velez, Rafael de, *Preservativo contra la irreligion: ó los planes de la falsa filosofia contra la religion y el Estado, Realizados por la Francia para subyugar la Europa, seguidos por Napoleon en la conquista de España, y dados á luz por algunos de nuestros sabios en perjuicio de nuestra pátria*, México, María Fernandez de Jáuregui, 1814.
- Véliz, Claudio, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1980.
- Vierhaus, Rudolf, “Konservativ, Konservatismus”, Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1982: III, 531-565.
- Zapata, Antonio, *Pensando a la derecha*, Lima, Planeta, 2016.